La agonía del Ebro: algo más que el trasvase

■ por José Luis Benito

El Ebro está herido de muerte y más si cabe su delta. Pero el trasvase de más de mil hectómetros cúbicos previsto en el Plan Hidrológico Nacional (PHN) no es la única amenaza. El río lleva cada vez menos caudal, debido a tres razones: llueve menos, hay más superficie forestal que retiene y usa agua, pero sobre todo ha subido mucho el consumo en el regadío.

Del medio millón de hectáreas regadas en los años sesenta en toda la cuenca, se ha pasado hoy en día a más de 830.000, que utilizan 6.300 hectómetros cúbicos al año (equivalente a seis trasvases). Si se ejecuta el Plan Nacional de Regadíos, para 2008 habría que añadir casi cuatrocientos hectómetros cúbicos y las previsiones a más largo plazo requerirían otros ochocientos.

Pero el Ebro no sólo lleva menos caudal. También lleva menos sólidos en suspensión y eso es debido a la red de embalses que los retiene. Hasta tal punto que los sedimentos ya no llegan al delta, con lo que no puede recuperarse del proceso de compactación y hundimiento que sufre, cifrado en 2'5 milímetros al año, ni del aumento del nivel del mar, de cinco milímetros anuales.

Y aún hay más. Los sedimentos de los ríos forman en buena parte las playas, que son la materia prima de la principal industria española: el turismo. Sin ellas se murió la gallina de los huevos de oro. Cada vez que se produce un temporal en el Mediterráneo vemos cómo desaparecen kilómetros de playa. Luego, al no llegar esos sedimentos fluviales –en especial los del Ebro– al mar, las playas no se recuperan de forma natural. Nos tenemos que gastar entonces millones de euros en regenerarlas con arena extraída de los fondos marinos, lo que da lugar a la destrucción de las praderas submarinas de posidonia, imprescindibles para los peces, en una espiral de gasto sin fin.

▲ Panorámica del embalse de Mequinenza, en el tramo del río Ebro que discurre entre la sierra de Los Rincones (Zaragoza). Foto: David Gómez.

En EEUU, donde son más pragmáticos, vieron que salía más barato desmantelar presas y devolver la vida a los ríos, en vez de gastarse millones de dólares en el pozo sin fondo que son las regeneraciones de playas. Por eso en el Levante español, por la cuenta que les trae, más que un trasvase, deberían exigir derribos de pantanos de la cuenca del Ebro.

En cuanto a la polémica que se ha suscitado entre defensores y opositores al trasvase sobre el caudal continuo (que no ecológico) que debe mantener el río, si de 100 o de 135 metros cúbicos por segundo, no tiene sentido. En realidad, lo que el Ebro necesita son crecidas anuales de al menos mil metros cúbicos por segundo y otras superiores más espaciadas, capaces de arrastrar partículas suficientemente grandes para regenerar el delta y reducir el avance desde el mar de la cuña salina. Dejar un caudal constante es como ponerle un gotero de salino a un enfermo grave: conseguirás que no muera deshidratado, pero no que fallezca.

La reducción de caudales detrae agua para trasvasar, lo que requiere construir más embalses en cabecera, tal y como prevé el PHN. El propio Federico Rodríguez, comisario de aguas de la Confederación Hidrográfica del Ebro, lo reconocía en un reciente artículo en el que se refería al recrecimiento de la presa del Yesa, en el río Aragón, como una reserva estratégica necesaria para el trasvase.

Para muchos esto era evidente, ya que las demandas futuras previstas en la cuenca del Aragón son muy inferiores a los más de mil hectómetros cúbicos que ganará esa presa, curiosamente la misma cantidad que se trasvasará del Ebro.

Es cierto que el trasvase no hará más que agravar la lenta agonía del Ebro y su delta. Pero no parece coherente oponerse a esta obra escudándose en la degradación que sufriría el río en su desembocadura, al tiempo que se piden más embalses y regadíos en la cuenca. La fuerza de la oposición debe residir también en las consecuencias negativas del actual PHN aguas arriba. Entre ellas la inundación de nuestros pueblos y valles, la destrucción de un rico patrimonio natural que incluye tramos del Camino de Santiago y el desplazamiento de personas fuera de su tierra por culpa de la construcción de nuevos embalses en el Pirineo, que servirán de almacén en cabecera para el trasvase.

Autor: José Luis Benito, botánico, está finalizando su tesis doctoral sobre la flora y la vegetación del Parque Nacional de Ordesa (Huesca). Actualmente trabaja en el Instituto Pirenaico de Ecología en la cartografía de hábitats del Pirineo francés.

Dirección de contacto: Instituto Pirenaico de Ecología / CSIC · Apdo. de Correos 64 · 22700 Jaca, Huesca · Tel. 974 36 14 41 · E-mail: jlbenito@ipe.csic.es